

Josu y el chico

El Anticuerpo, la voluntad de estilo de Julio José Ordovás en su estreno novelístico

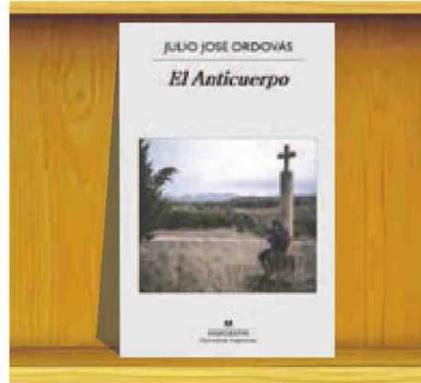


ALFONSO LÓPEZ
ALFONSO

No cabe duda de que **Julio José Ordovás** (Zaragoza, 1976) es un escritor con voluntad de estilo. Desde su primer libro, aquel diario algo inmaduro y llorón titulado *Días sin día*, fue dando muestras de su versatilidad en la forma, de su insobornable amor a la literatura y de sus deseos de medirse con todo lo que admiraba, de **Josep Pla** a **Charles Bukowski**, de **Ray Loriga** a **César Aira**, de **Rimbaud** a **Roberto Bolaño**.

Hasta ahora lo conocíamos como autor de diarios, brillantes crónicas literarias y libros de poemas en los que ensartaba lirismo, algunas ocurrencias, desenfado y sentido del humor: "Noelia se llama Noelia por la dichosa canción de Nino Bravo. Noelia odia su nombre y odia la canción y odia también al plasta de Nino Bravo. Y odia a sus padres, por imbéciles", apuntaba en el poemario *Nomeolvides*, que hablaba más de mujeres y situaciones que de flores.

El Anticuerpo es su primera novela, y una vez más, en ella predomina la voluntad de estilo. Casi cualquier escritor daría su reino por una buena frase, y Ordovás también. A menudo la consigue: "Unos construyen murallas para que otros las destruyan. Así funciona el mundo. Así ha funcionado siempre"; "La risa es contagiosa, la felicidad no"; "Un hombre que come o bebe solo siempre parece un hombre infeliz". Pero en una novela el exceso también puede ser un lastre que distraiga al lector haciéndole estar más pendiente del envoltorio que del contenido, sacándolo de una historia que se perfila con acierto y se desarrolla a base de impulsos e intuiciones, o señalándole alguna obviedad: "Las lechuzas no comían nada que no pudieran tragar". Como los espectadores en una película de **Kim Ki Duk**, en *El Anticuerpo* el lector se desentiende del argumento, entreviéndolo a lo lejos, y se centra en las palabras, en los



El Anticuerpo

JULIO JOSÉ ORDOVÁS
Anagrama, Barcelona, 2014
133 páginas

ecos e influencias de esas palabras, en las sentencias de Josu -un punk acogido por el cura del pueblo que entabla amistad con el chico que narra la historia-, en las elaboradas apreciaciones sobre el paisaje y la familia del muchacho (no sé si siempre acordes con la edad del narrador, pero sí con mi gusto lector), un personaje, por cierto, que acompañado por las gemelas evoluciona hacia la pérdida en el sentido que promete, sin desviarse.

La luminosidad, el humor y las aventuras de las novelas de iniciación clásicas, a lo **Robert Louis Stevenson**, **Mark Twain** o **Jack London**, se mezclan aquí con la oscura realidad de la droga, el quinquero y la cara menos lustrosa de los años ochenta, esa que a base de picos arrasó los barrios obreros de las ciudades y llegó al campo para alumbrar el camino por el que se emprende la cuesta abajo. En este sentido, la cita inicial de un autor como el gallego **Lois Pereiro**, genial y trágico, nos pone sobre aviso. No en vano el chico, que "escuchaba el ruido del asfalto como los indios escuchaban el susurro de los ríos", terminará por confesarnos que "tanto como a ellos les gustaba el olor del viento purificado por la lluvia de mediodía o perfumado por la fragancia de los pinos, a mí me gustaba el olor de las cloacas".